

nan siempre de consuelo; suspiramos llenos de tristeza, y el corazón que te ama quiere desahogarse; nos sentimos indignos de tu amor, y pegamos en el polvo nuestra frente; el recuerdo de nuestras pasadas faltas hácenos llorar de amarga pesadumbre! Justísimo es llorar, pues tantas veces hemos olvidado á nuestra Niña por el profano y desgraciado amor de un mundo corrompido. ¡Dulcísimo consuelo de afligidos, derrama una mirada de piedad y gracia sobre los que lloran su olvido y sus pecados! Que el llanto que vierten nuestros ojos encienda y avive más y más las llamas de tu amor, y en medio de estas llamas quedemos consumidos. ¡Oh santa y adorada Niña, mi corazón es tuyo; y si vive es por amarte, y cuando muera, seguirá sin descanso amándote en el cielo!

CAPÍTULO XXII

(y último).

MARÍA, OBJETO DEL AMOR Y TERNURA
DE LOS HOMBRES.



LLA es mi Amada. Esta es la palabra que sale de las profundidades de nuestro amor, cuando pensamos en María, cual indeficiente y rico manantial de gracia y mística dulzura, en el que, sumergida el alma enteramente, gusta las inefables delicias del cariño de

esta tierna é incomparable Madre. El pensamiento de María jamás puede venir á nuestra mente sin traer consigo la gracia y el consuelo, el gozo y la santa paz de Dios, cual brillante cortejo que la sigue á todas partes. Si volvemos la vista á los hermosos días de nuestra infancia, ¿dejaremos de ver en ellos la risueña y agraciada imagen de la Santa Niña, que brilla para nosotros en el oriente de la vida, como la estrella de la mañana? Entonces el sol de las pasiones aun no quemaba nuestra frente con sus vivos rayos, ni estaban agostadas las gentiles flores de la inocencia. Era la Sagrada Virgen quien les prestaba su más bello colorido, llenando el corazón de vida y lozanía.

Si cuando niños contemplábamos la imagen de María, la sonrisa jugueteaba en nuestros labios que se entreabrían como un botón de rosa, para decir con acento de dulzura indefinible: Ella es mi Madre. Y después, su santa imagen impresa quedaba en nuestras almas; imagen que á cada paso contemplaba el alma, brillando con suavísimos colores: si descansábamos, si dormíamos, ¡cuán bellos eran nuestros ensueños de gloria, en los que la Santa Niña se nos presentaba cada vez más agraciada y hermosa! Su frente, más pura que el disco de la luna; toda Ella, llena de gracia y atractivo, y animada de vivísimo interés por nosotros, parecía decirnos: «Los que os halláis presos de mi amor, venid á Mí, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal. Se hará memoria de Mí en toda la serie de los siglos: los que de Mí comen, tienen siempre

hambre, y tienen siempre sed los que de Mí beben. El que me escucha, jamás tendrá de qué avergonzarse, y aquéllos que por Mí se guían, no pecarán. Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna» (1).

María nos hablaba entonces como á niños, y sus palabras eran para nosotros más dulces que la miel, más suaves que el panal. Llena de gracia y atractivo la veíamos siempre, con un hermoso Niño entre los brazos; ¿era, por ventura, cada uno de nosotros ese Niño, supuesto que la Divina Madre nos prodigaba las más finas caricias de su amor, y que nosotros, según nos parecía, descansábamos entre sus brazos? ¡Ah! Ese Niño tan hermoso y puro, era nuestro hermano, y la dulce Madre nos decía que teníamos que ser tan parecidos á Jesús, que pudiéramos llamarnos su viva y santa imagen; y sonreíamos de amor y de contento; y la Madre y el Niño eran para nosotros todo un mundo de luz y de ventura, todo un cielo de gloria divina.....

Dichosa edad de la inocencia, ¿por qué pasaste para nosotros tan de prisa? Fuiste semejante á la niebla de la mañana, y cual rocío de la madrugada, que luego desaparece (2). ¿Por qué te perdimos, amable y bellissimo candor de los primeros años?

Semejantes al viajero que después de largos años ha vuelto á su patria, y busca luego la querida casa que lo vió nacer, y no descubre por do-

(1) Ecci., xxiv, 26, 31.

(2) Osee, vi, 4.

quiera sino tristes y espantosas ruinas, así nosotros, recordando los primeros años de la vida, sólo hallamos escombros melancólicos, los cuales nos están diciendo que ya no existe la mansión hermosa donde abrimos nuestros ojos á la luz, y pasaron, para no volver, aquellos alegres y felices días en los que, llenos de gozo, contemplamos el cielo más sereno y despejado, sin una nube en su extensión inmensa.....

El viajero de que hablamos, ya recorre una después de otra las derruidas estancias de su casa, ó bien se sienta y llora al pie de una columna que tal vez ha quedado levantada, cual mudo centinela en medio de esas ruinas..... ¡Cuántos recuerdos vienen á la mente del viajero! Sombras queridas descudre por doquiera, y una lágrima caliente le arranca la tristeza; y lágrimas, sombras y recuerdos le oprimen y abaten con su enorme peso. ¿Quién reparará tan tristes ruinas? ¿Quién pudiera dar aliento y vida á las sombras de seres que no existen? Reina en todas partes silencio y soledad, y la única respuesta que el viajero escucha, es un suspiro que se arranca de su triste corazón..... El viajero se levanta y abandona el sitio cuyos recuerdos le han hecho llorar: no hay esperanzas ni remedio para sus terribles males.

Hablemos ya de nosotros mismos, que también llevamos en el alma grandes y funestas ruinas, y tenemos que vivir en medio de ellas. ¡Cuán triste y amarga sería para nosotros la existencia, si al preguntar, como el viajero, quién reparará estas ruinas, quién dará vida á lo que ya no existe, en medio de espantosa soledad escucháramos no

más tristísimos gemidos, revelación auténtica de una desdicha sin remedio! Mas por dicha nuestra no sucede así, pues oímos estas palabras, llenas de consuelo: «Escuchadme, vosotros los que seguís la justicia y buscáis al Señor: atended á la cantera de donde habéis sido cortados, al manantial de donde habéis salido. Poned los ojos en el anciano Abraham, vuestro padre, y en Sara estéril, que os dió á luz; pues á él, que era solo, sin hijos, lo llamé, y lo bendije, y lo multipliqué.» Del mismo modo, pues, consolará el Señor á Sión, y reparará todas sus ruinas, y convertirá sus desiertos en lugares de delicias, y su soledad en amenísimo jardín. Allí será el gozo y la alegría, el hacimiento de gracias, y las voces de alabanza á la gloria del Señor (1).

Al oír estas palabras, alzamos nuestros ojos á la Santa Virgen, cuyas miradas derraman en el alma la pureza, pues en Ella existe tan divina y admirable fuerza de virginal candor, que engendra vírgenes (2). Su hermosura no sólo deslumbra nuestros ojos, mas también santifica el alma con su gran virtud (3).

Aquellos melancólicos recuerdos que abatían al viajero que contemplaba las ruinas de su antigua casa, son para nosotros manantial fecundo de dulcísima esperanza, pues escuchamos una voz, que es poderosa para levantar los muertos: «Oh tú que

(1) Isa., LI, 1-3.

(2) D. Th. de Villanov., Sermon 2 de Annunc.

(3) D. Gregor. Taum., Sermon 1 De Annunc.

duermes, levántate, y sal de entre los muertos, y te alumbrará Cristo» (1).

Hé aquí á la Sagrada Virgen, por quien el Hijo Unigénito de Dios, la verdadera luz que alumbró á todo hombre que viene al mundo, brilló para los que estaban en las tinieblas y sombra de la muerte (2). ¿Cómo, pues, dejar de bendecirla y no amarla con todo el corazón, cuando es Ella la causa de nuestra vida y alegría en Jesucristo, que nos hace olvidar los más grandes infortunios, y enjuga con su mano nuestro llanto?

Los años que han pasado nos descubren quién fué para nosotros la sensible y amorosa Virgen: una madre llena de cuidados y desvelos, que á todas partes iba con nosotros para librarnos de funestos riesgos que hubieran sido inevitables sin el auxilio de la gran Señora (3).

En todos los años de que hablamos, la hermosa Niña, unas veces rogaba por nosotros al Señor, y otras nos llevaba de la mano por el camino de la vida: ya nos inspiraba sentimientos de virtud elevando nuestras almas á los cielos, ó bien las humillaba, haciéndolas temblar con la memoria de la terrible justicia del Eterno, y de una infortunada suerte, si olvidábamos el cumplimiento de la ley divina. Y de uno y otro modo, nos hacía venir á refugiarnos bajo la sombra de su divino y maternal amparo, donde calmaban los temores, y

(1) Eph., v, 14.

(2) D. Cyrill. Alex., Hom. contr. Nest.

(3) D. Bonav., Psalt. v, ps. CXXXVI.

aumentaba, casi sin medida, el consuelo y alegría de nuestras almas.

Pero dejemos recuerdos tan queridos, y veamos lo que al presente es para nosotros la Sagrada Virgen.

Los ricos de este mundo revisan con frecuencia sus tesoros, y llevan cuenta de pérdida y ganancia en sus negocios. Los pobres lloran sin descanso su miseria, y piensan en los medios de acabar con ella. ¿Somos ricos delante de Dios en buenas obras? Bien está; mas alabemos al Señor, que ha cumplido en nosotros esta bendición divina: «El Señor ha derramado la alegría desde el Oriente al Occidente. Visitó la tierra y la ha como embriagado con lluvias saludables, colmándola con toda suerte de riquezas. El río de Dios está rebosando de aguas; el Señor ha preparado para nosotros el alimento; empapa en agua los surcos de nuestros campos, multiplica sus producciones: con los suaves rocíos se regocijarán todas las plantas. Ha coronado el año de su bondad fertilizando nuestros campos. Las praderías del desierto están lozanas, y de gala se han vestido los collados. Las llanuras están cubiertas de carneros, y en grano abundan los anchurosos valles» (1).

Lluvias abundantes y espléndidas riquezas, el rocío de los cielos, el río de Dios rebosando en aguas, y éstas empapando los campos y llenando los surcos; los valles y collados cubiertos de verdor y lozanía, riquísimos en frutos y rebaños.....;

(1) Ps. LXIV, 9, 14.

imágenes muy bellas, sagrados símbolos, emblemas luminosos de María, que en todas partes se nos deja ver llena de bondad y de clemencia, y derramando sobre el mundo la gracia del Señor. Semejante á una copa que ponemos debajo de las aguas de un torrente, que, siempre llena, de su misma plenitud riega y fertiliza las campiñas (1), la Santa Niña, llena del Espíritu Divino, inunda nuestras almas de los favores y misericordias del Señor, que con sus plegarias nos alcanza y llegan á nosotros por sus manos.

Nosotros alzamos la voz y cantamos himnos de alabanzas á la hermosa y agraciada Niña por quien nos vienen todas las bendiciones de los cielos; pues Ella es la Madre de la gracia por quien ésta se ha derramado en todo el mundo; siendo, después de la Divina Trinidad, dueña de todo, y después del Consolador, nuestro consuelo; después del Mediador supremo, la Medianera de los hombres (2), sin la que no hallamos la propiciación; así como tampoco existe la salud sin el fruto de su seno; mas por ella se perdonan los pecados, y por la gracia de su Hijo alcanzamos la entrada en los alcázares del cielo (3).

¿Somos ricos de los bienes celestiales? Mas ¿dónde está el tesoro que nos pone en esa dichosa condición? María es el tesoro del Señor y la tesorera de sus gracias, y á los que la aman enriquece con espléndida largueza de todos los dones celes-

(1) Rev. Stæ. Virg., L. VII, c. 47.

(2) D. Efr., Serm. in Annunc.

(3) D. Bonav., Ps. I, 36.

tiales; porque Ella es para los hombres un tesoro infinito que ha hecho participantes, á quienes lo poseen, de la amistad de Dios (1).

Nuestros tesoros son las fuerzas del alma, que Dios vigoriza y perfecciona mediante los ruegos de María (2); ilumina la razón, corrige y depura la concupiscencia, modera y rectifica nuestra ira, nos descubre la verdad, inflama el alma con amor divino, y nos llena, en fin, de gozo santo en el Señor.

¿Somos pobres? El pecado, sin duda, es el origen de nuestra pobreza, pues el Señor crió al hombre recto, y el mismo hombre se enredó en infinitas cuestiones y peligros (3). Y el pecado nos ha rodeado de tinieblas, y nuestras caídas se han multiplicado, porque un abismo llama á otro abismo, y el corazón perverso se va cargando de dolores, y el pecador añade pecados á pecados (4). Cierto es que la razón, lo mismo que la libertad, no falta enteramente al pecador; mas una y otra nos conducen, como la nodriza de Mifivoset, cayendo con nosotros y dejándonos cojos (5) y sin poder andar, puesto que nada puede el hombre hacer por sus propias fuerzas en orden á la salvación y digno de la vida eterna, sin la divina gracia.

Una luz que ilumine nuestras sendas, un báculo

(1) Sap., VII, 14. Rich., a. S. Laurent. L., 2, Partic. I.

(2) Idem, L. 4.

(3) Eccles., VII, 30.

(4) Ecc., II, 29.

(5) II Reg., IV, 4.

que nos sostenga en el camino, hé aquí lo que hemos menester. ¿Dónde lo hallaremos? ¡Oh, cuán grato es para el hombre recordar que tiene en la Sagrada Virgen una madre llena de bondad y de ternura, que, con más verdad que el santo Job, nos dice: «Desde la infancia creció en mi compañía la misericordia, habiendo salido conmigo del vientre de mi madre (1). Me llenaba de bendiciones el que hubiera perecido sin mi auxilio, y yo confortaba el corazón de la viuda desolada. Porque siempre me he revestido de justicia, y mi equidad me ha servido como de regio manto y diadema. Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo. Era la madre de los pobres» (2). María, en efecto, ha sido siempre la más tierna y compasiva madre de los pobres, la luz del ciego, la fortaleza del que camina vacilando por las sendas del Señor. Quien está endurecido en el pecado, si la llama con frecuencia y humildad en medio de sus tinieblas, verá brillar la luz del cielo, y entre las sombras de tristeza que lo envuelven, su corazón será endulzado con el néctar de los ángeles, y el júbilo más puro inundará su pecho, y entre las olas de la espantosa y negra tempestad que lo han cubierto, esa Madre le tiende una mano bienhechora, y por más que terribles enemigos le combatan, de todos ellos le defiende el brazo poderoso de María (3). Los que confían en Ella no tienen que temer el furor del enemigo, pues en

(1) XXXI, 18.

(2) Idem, XXIX, 13, 16.

(3) D. Bonav., Ps. B. V., 117, 118.

el día de la tribulación les prestará su divina y vencedora diestra (1).

El horizonte, pues, de nuestra vida bañado está con la hermosa y apacible luz de nuestra Niña; á doquiera que volvamos nuestros ojos descubrimos su agraciada y bella imagen, cual brillante faro que disipa las tinieblas de la noche y nos muestra el camino que tenemos que seguir para llegar al cielo. Si alguna vez, desgraciadamente, no la vemos, ¿no pudiéramos, sollozando, exclamar con el Profeta: «Mi corazón está turbado, he perdido mis fuerzas, y hasta la misma luz de mis ojos me ha faltado, no está conmigo»? (2). Turbación, debilidad y profundísimas tinieblas; triste y desgraciada herencia del que se olvida de la Santa Virgen, siendo, para quien la sirve, cual foco indeficiente de divina luz, manantial de gracia y de profunda y dulce paz, de fortaleza, en fin, de ventura y gloria eterna.

Nuevas bendiciones y alabanzas merece de nosotros la pura y agraciada Niña por la constante y amorosa protección que nos concede durante los días de nuestra vida, y las gracias y favores que sin cesar derrama en nuestras almas. Yo te alabaré, mi amada Madre, con todo el corazón, pues por Ti he recibido la gracia de Jesús. Oye mis palabras y mis ruegos, y delante de los ángeles yo cantaré tus alabanzas. Bien sé que Tú me escuchas siempre que te invoco y aumentas la virtud de mi alma. Hermosa y agraciada Niña,

(1) D. Bonav., Ps. B. V., 124.

(2) Ps. XXXVII, 11.

bendígante los ángeles del cielo y alaben tu sagrado nombre los mortales, pues Tú nos has traído la salud. Libra á tus siervos del pecado y haz que vivan á la sombra de tu amparo maternal (1).

¿No veis más allá del occidente de la vida un inmenso y dilatado espacio que tenemos que cruzar? Tiembla el hombre cuando en esto piensa. ¿Será para nosotros de luz y de ventura esa región desconocida, ó acaso una tierra de tinieblas y miseria, donde el orden no impera, mas reina solamente un horror sempiterno? (2). Los justos y los sabios, y las obras de ellos, están en manos de Dios; y, con todo, el hombre no sabe si es digno de amor ó de odio, sino que todo se reserva incierto para lo venidero; porque ahora todas las cosas suceden igualmente al justo como al impío, al bueno y al malo, al limpio y al que no lo está, al que sacrifica víctimas y al que desprecia los sacrificios; en suma, así es tratado el inocente como el pecador, y el que jura verdad como el perjuró. (3). ¡Ignorancia terrible y espantosa! Mas con todo, saludable, puesto que introduce el temor de Dios en nuestras almas; y al que teme al Señor le irá felizmente en sus postrimerías y será bendito el día de su muerte (4).

¿Qué haremos para conseguir esa bendición, que nos promete inmensa dicha allá en la eterni-

(1) D. Bonav., Ps. B. V., 137.

(2) Job, X, 22.

(3) Eccles., IX, 1, 2.

(4) Eccl., I, 13.

dad? Los navegantes se encaminan al puerto por medio de la estrella del mar, y los cristianos, nos dice el Angel de la Escuela, tienen que ser guiados á los cielos por medio de María (1), pues por Ella, los que buscan al Señor consiguen la salud eterna (2). María, rogada por el hombre, vuelve hacia él sus dulces ojos, fuentes perennes de salud y gracia, y es necesario que se salven los que son vistos con tan gran cariño por la Santa Virgen (3), pues Ella es el principio, el medio y el fin de nuestra dicha en Jesucristo.

¿No es Ella misma la que nos dice: «Quien me hallare, hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación; mas quien pecare contra Mí, dañará su propia alma. Todos los que me aborrecen aman la muerte?» (4).

La protección de la Sagrada Niña. Sin ella, ¿cuántos pecadores hubieran caído en el infierno? Mas alzaron su voz á la Madre de clemencia y de bondad; una y otra vez mandaron á su trono sus plegarias, y María rogó por ellos y les alcanzó la vida eterna.

Ábrese, pues, el corazón á la esperanza, y la paz de Dios nos viene á consolar pensando en la divina y amorosa protección de la benigna Virgen que es para nosotros cual riquísimo tesoro que Dios mismo nos ha dado para obtener el cielo.

Cierto es que, á pesar de ser tan grande y efí-

(1) Opusc. 8.

(2) D. Germán, Serm. de Dormit. Deip.

(3) D. Antón, p. 4, tit. 15.

(4) Prov., VIII, 35, 36.

caz el auxilio de María, tenemos que temer, pues llevamos este gran tesoro en vasos de barro quebradizo para que se reconozca la grandeza del poder de Dios y nuestra propia nada. Mas con todo, aunque nos veamos acosados de tribulaciones y temores, no por esto perdemos el ánimo; y si nos hallamos en grandes apuros, no desesperamos; si furioso y atrevido nos persigue el demonio, la Sagrada Virgen no nos abandona; si bajamos al suelo la triste y abatida frente, sin embargo, no estamos perdidos.... Pues todo esto pasa en nosotros á fin de que la gracia derramada con abundancia, aumente la gloria de Dios y de María, por medio del reconocimiento que mostrar debemos al Hijo y á la Madre (1). Cumplamos, pues, con deber tan sagrado.

Bendice; oh alma mía! al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona tus maldades; quien sana todas tus dolencias; el que rescata tu vida de la muerte; quien á manos llenas derrama sobre ti sus misericordias; quien hinche con sus bienes tus deseos; quien renueva tu hermosura y lozanía, al modo que el águila deja sus primeras plumas, cubriéndose con otras nuevas.... El Señor es benigno y compasivo, tardo en airarse; y si está enojado y amenaza, los gemidos y las lágrimas al punto lo desarmen. No nos ha tratado según nuestros pecados merecían; antes bien, cuanta es la elevación del cielo sobre la tierra, otro tanto ha engrandecido su miseri-

(1) III Cor., IV, 7, 9, 15.

cordia á favor de aquellos que le temen: ha retirado de nosotros nuestros pecados, como el Oriente del Ocaso. Es un Padre compasivo y de muchísima clemencia para con sus hijos; conoce bien la fragilidad de nuestro sér; tiene muy presente que somos nada más que polvo.....

Su misericordia permanece para siempre sobre los que le temen. Sea celebrada eternamente la gloria del Señor. Yo cantaré toda mi vida las alabanzas del Altísimo: entonaré himnos á mi Dios, mientras viviere. Escuche con agrado mis palabras el Señor, en quien tengo todas mis delicias. Alma mía, bendice al Señor eternamente (1). Ahora bendigamos á la Santa Niña.

A Ti ¡oh Señora! son debidos los himnos en Sión, la gloria y alabanza allá en Jerusalén. El Señor te dió la bendición de todas las naciones; gloria y alabanza delante de los pueblos de la tierra. Dios te bendijo en su misericordia, y elevó tu regio trono sobre todos los coros de los ángeles. Derramó en tus labios la gracia y la belleza, y cubrió tu cuerpo con lujoso y rico manto de esplendente gloria. Ciñó tu frente con riquísima diadema, y te adornó con brazaletes de oro y bella pedrería (2). Alma mía, bendice á la Madre de Jesús, y todos mis afectos bendigan también su santo nombre: no echés al olvido sus grandes beneficios, su gracia y sus consuelos. Por la gracia que Ella nos alcanza se borran los pecados, y su misericordia sana toda enfermedad. Alaba siem-

(1) Ps. CII, 1 et seq.; CIII, 31 et seq.

(2) D. Bonav., Ps. B. V., 64.

pre á tu querida Madre, porque es muy justo publicar por el mundo su clemencia..... Una fuente de gracia sale de su boca, y un manantial de cándida pureza que santifica las almas de sus hijos. Inmarcesible y llena de verdor, vive la esperanza de la gloria en el corazón de quien la honra. ¡Oh Reina de los cielos y la tierra, bellísima y querida, consuela nuestras almas con tu gracia celestial! (1).

Ella es nuestra muy amada. ¿Quién? María, la Madre del Señor, la Reina de los cielos, el consuelo y amparo de los hombres. ¡Qué expresiones tan suaves y tan dulces para quien la ama! Párecenos tenerla delante de nosotros. ¡Cuán bella y serena es su mirada! La sonrisa de sus labios nos encanta, y quedamos presos de su amor y su cariño al contemplar la bondad de su tierno corazón. Si nos dice una palabra, esa palabra es una ardiente y abrasada saeta que traspasa el alma..... (2). ¡Oh María, encanto de los cielos, desgraciado el hombre que no te ama!

¿Cómo vivir sin el amor de tan hermosa y agraciada Niña? Llueven sobre nosotros las desgracias, los desengaños y perfidias contristan el corazón á cada paso, entretanto que la sensible y cariñosa Madre abre sus brazos para recibirnos, y amorosísima nos dice así: «Quien sea párvulo, venga á Mí..... Venid, comed mi pan, y bebed mi vino que os tengo preparado. Dejad las niñerías;

(1) D. Bonav., Ps. 102, 105.

(2) Idem Ps. 118.

vivid y caminad por las sendas de la prudencia (1).

María no se cansa de llamarnos: la tierna infancia, la juventud, la edad madura, y por fin la triste y achacosa ancianidad, tienen para Ella un interés muy grande: el inocente y el culpable, la viuda, la casada y la doncella, el sacerdote y el seglar, el infeliz y el potentado, y en fin, los hombres todos, tienen en la Santa Virgen una Madre amorosísima y llena de bondad que los llama cariñosa, y les ofrece los tesoros de su santo amor; los acaricia y cubre con su regio manto, y siempre está ocupada en procurar su bien. ¿No debieran los hombres, al escuchar su dulce voz, dejarlo todo y desalados ir corriendo hasta ponerse á la sombra de su amparo celestial? Mas hé aquí un misterio inexplicable, y que llena de tristeza y amargura el corazón de los que la aman. Los caminos de Sión están llorando; porque ya no hay quien venga á sus solemnidades....; gimiendo están sus sacerdotes, llenas de tristeza están sus vírgenes.... ¿Añadiremos, en fin, con el Profeta: «Ella está oprimida de amargura»? (2). Sí, pues el tierno y generoso amor de una madre, se vuelve como espada de dos filos que desgarrá su alma, cuando ve que sus hijos son ingratos y olvidan su cariño incomparable y sus desvelos. Vedla, pues, llorando por nosotros, si lícito es decirlo, y traspasado el corazón con sangriento y acerado dardo: oid cual se lamenta triste y sollozando: «He criado hijos, y

(1) Prov., IX, 3, 6.

(2) Thren., I, 4.

los engrandecí, y ellos me han menospreciado. El buey reconoce á su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoce, y mi pueblo no atiende mi voz» (1). ¡Qué expresiones! Capaces son de ablandar las mismas piedras. ¿Qué hijo escuchará la entrecortada y débil voz de su amorosa madre, sin quedar conmovido en lo más íntimo del alma, ó podrá ver el llanto amargo que derrama por su triste y criminal olvido? ¡Ah! que ni la firmeza de las piedras es la nuestra, ni es de bronce nuestra carne (2). Y aun cuando piedras fuéramos, la vara de Moisés hirió la piedra y brotaron fuentes de agua viva (3); y María, que es la verdadera y prodigiosa vara del Moisés divino, ya también ha herido el corazón de sus ingratos hijos, que derraman luego las aguas de su llanto, y se sienten llenos de ternura para con la Santa Madre, y abrazan conmovidos y amorosos, sus sagrados pies, donde protestan el ser fieles para siempre á su servicio.

¿Amamos en verdad á la Sagrada Virgen? ¡Oh triste incertidumbre, repetimos, más amarga que la misma muerte! ¡Quién fuera tan feliz, que hubiese conseguido esta dulce bendición: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desechará mi alma.» Andaré entre vosotros y seré vuestra Madre, y vosotros seréis mi pueblo (4).

(1) Isa., I, 2, 3.

(2) Job, VI, 12.

(3) Exod., XVII, 6.

(4) Levit., XXVI, II, 12.